

De la utopía al escepticismo: tres promociones y treinta años de narrativa en Colombia

Luz Mary Giraldo B.
Universidad Nacional de Colombia
Universidad Javeriana

*Después de las grandes rabias y los
hermosos errores...*
Gonzalo Garcés

No acaba de asimilarse el siglo anterior cuando el nuevo entra dando zancadas y palos de ciego de la mano de otro milenio. Saber cuándo empieza un siglo y cuándo termina otro no siempre es fácil. Para algunos, las búsquedas de la Revolución mexicana (en el caso de América Latina) y los estragos de la primera guerra mundial fueron los detonantes del paso hacia el siglo XX, cuyos diversos derroteros, prolongada violencia y frustraciones se vivieron no sólo con la segunda guerra mundial, los

efectos de la bomba atómica, las consecuencias de la guerra de Vietnam y los alcances de la Revolución cubana, sino también con las inquietudes científicas, políticas, sociales, revolucionarias y culturales que agitaron gran parte del siglo haciendo evidentes las necesidades de cambio y las crisis diversas. Fueron éstas las que, a finales de la década de los noventa, condujeron al derrumbe de las utopías (disolución de la Unión Soviética, caída del Muro de Berlín y *los conflictos generados con las políticas latinoamericanas*). Atentados en uno y otro lugar, crisis de poder y de gobernabilidad, degradación de las costumbres,

- Al revisar el perfil de los jóvenes escritores colombianos también se percibe en ellos el interés por hacer de la literatura parte integral de su profesión. Así, algunos la asumen como estudiantes o como docentes, otros la combinan con la actividad editorial o el periodismo cultural y unos pocos se dedican exclusivamente al trabajo creativo.

resquebrajamiento de las instituciones y de los partidos tradicionales, proliferación de las sectas religiosas, etcétera, satanizaron y estigmatizaron la época, condicionando la llegada de los nuevos tiempos.

Aún no estaba claro, pues, ya habíamos entrado al siglo XXI y al tercer milenio cuando los recientes y espectaculares atentados terroristas en Norteamérica, dirigidos contra las emblemáticas Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono, en Washington, pusieron de manifiesto la continuidad del siglo anterior y la inestabilidad de su legado. Cada época tiene un espíritu y una sensibilidad que la definen, así como unas formas expresivas y unos modos de vida y de pensamiento que la proyectan. ¿Cuáles y cómo fueron éstos en los últimos cincuenta años y cómo se perciben en el inmediato presente? Quizá las expresiones artísticas sean depositarias de ello. En el caso de las letras, el equilibrio inestable del pasado incide en el presente y da lugar a la prisa y al vértigo de los nuevos tiempos.

Un examen de la(s) nueva(s) narrativa(s) colombiana(s), referido especialmente a las más recientes promociones de autores (es decir, a los nacidos entre 1960 y 1975, y cuyo trabajo goza de cierto reconocimiento del público y de las editoriales), permite entender que estamos ante expresiones que se ajustan a la sensibilidad actual, ante modos de narrar que se distancian de los anteriores. Nada de utopías que pretendan cambiar el mundo con sus ficciones; nada de gestos que denoten compromisos sociales o ideológicos; nada de

actitudes o de convicciones mesiánicas; nada de experimentos que se propongan la revisión o la renovación de las formas; poco de parodias y de risas: la nueva narrativa se caracteriza, por la escritura de fábulas verosímiles que hablan del momento actual, que lo reflejan y proyectan la sensación de vacío y escepticismo, de incertidumbre y abandono, que reina en él.

Al revisar el perfil de los jóvenes escritores colombianos también se percibe en ellos el interés por hacer de la literatura parte integral de su profesión. Así, algunos la asumen como estudiantes o como docentes, otros la combinan con la actividad editorial o el periodismo cultural y unos pocos se dedican exclusivamente al trabajo creativo. Tal vez se estén acabando los literatos de fin de semana para dar paso a los que hacen de la palabra su quehacer permanente, y de la creación y su oficio, su modo de vida. Revisando también el fervor por la escritura de algunos de estos narradores, se reconoce en ellos el afán de actualizarse en departamentos de estudios literarios o en posgrados en campos afines; así mismo, es interesante anotar que, en ciertos casos, algunos autores se reúnen espontáneamente en torno a inquietudes comunes, otros se encuentran alrededor de editoriales que los convocan¹ y los hay que se radican en ciudades del extranjero, buscando un destino alrededor de las letras según intereses afines a la cultura y al mundo literario (Ciudad de México, Nueva York, París, Roma, Madrid y Barcelona son algunos de estos centros). Gracias a una experiencia reciente podría referirme a esta

¹ Es de reconocer que editoriales multinacionales como Alfaguara (Aguilar, Altea, Taurus) Planeta (Seix Barral, Ariel) y Norma promueven, desde hace algún tiempo, la edición de obras de autores nacionales, sobre todo en cuento o novela, privilegiando a los narradores más jóvenes y, sin duda alguna, a los de mayor "mercado" en la sociedad de consumo. Deben reconocerse también las publicaciones de Plaza y Janés, las de Arango Editores y las de Altamir, así como el interés que la nueva narrativa suscita en las editoriales de las Universidades EAFIT, de Antioquia y Bolivariana, las tres localizadas en Medellín. Así mismo, es interesante confirmar el surgimiento de un nuevo fenómeno editorial a partir de las inquietudes profesionales de algunos estudiantes de carreras de literatura, quienes se han propuesto divulgar y editar obras de autores jóvenes, como es el caso de Proyecto Editorial y de El Astillero Imaginador, animados por ex alumnos de la carrera de Literatura de la Universidad Nacional de Colombia. Todas estas editoriales harían decir que la literatura colombiana tiene la palabra.

última ciudad, inspirándome en las palabras con que R. H. Moreno Durán (Tunja, 1946) definiera en su momento, con el nombre de “capítulo catalán”, a los escritores e intelectuales latinoamericanos que durante las convulsionadas décadas de los sesenta, setenta y parte de los ochenta eligieron a España (y, de ella, a Barcelona) como el lugar ideal para vivir². Un *nuevo capítulo catalán* parece surgir y abrirse camino en las tierras españolas en el último lustro.

El nuevo capítulo catalán

Al comenzar su texto “Capítulo catalán” (palabra que, según el autor etimológicamente “viene del latín *capitulum*, que significa *letra capita*)^l”, Moreno Durán refiriéndose a la trayectoria personal y colectiva, cita un fragmento del capítulo LXXII de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*, en el que el caballero andante reconoce a esa ciudad, única en belleza, como “albergue de extranjeros” y lugar de escritores y literatos: “Y así, me pasé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única”.

Barcelona, literaturizada desde tiempos remotos y, como lo han reconocido varios autores, cubierta por el aroma de la tinta y el papel de imprimir, ha conquistado a más de un escritor hispanoamericano. Parafraseando el comienzo de *Pedro Páramo* y evocando el citado fragmento de *Don Quijote de la Mancha*, Moreno Durán se refiere a su estancia en esta ciudad, afirmando que su destino estuvo íntimamente asociado al del protagonista de

●

Moreno Durán también afirma que sus trece años de residencia en Barcelona fueron decisivos para establecer una relación profunda con “toda clase de entes de ficción” o, mejor, con “seres de lenguaje”, y asegura que la ciudad ejerció ese mismo efecto benéfico sobre los hispanoamericanos que allí vivieron, escribieron y publicaron y, aunque sin formar un *grupo* que los aglutinara por sus afinidades, proyectos o manifiestos, eran, o querían ser, escritores.

●

² MORENO DURÁN, Rafael Humberto. “Capítulo catalán”. En *Quimera*, N° 57, Barcelona, 1986. Retomamos el título dado por el autor a este texto, que forma parte de su *Augusta sílaba*, por considerarlo pertinente para estas notas, en el doble sentido de la importancia que ejerce un lugar sobre la literatura, asumida ésta como “letra capital”, como palabra definitoria y definitiva.

la célebre novela de Cervantes. El narrador colombiano destaca dicho pasaje y recuerda que:

“Don Quijote, al pasear por las cercanías de la casa donde se alojaba –probablemente en la calle Montcada–, descubrió un letrero que decía: *aquí se imprimen libros*’. Entró en la imprenta y enumeró, describió y alabó todas las actividades e instrumentos para la edición: ‘y vio tirar en una parte, corregir en otra, componer en ésta, enmendar en aquélla, y, finalmente, toda aquella máquina que en las imprentas se muestra...’”.

Moreno Durán también afirma que sus trece años de residencia en Barcelona fueron decisivos para establecer una relación profunda con “toda clase de entes de ficción” o, mejor, con “seres de lenguaje”, y asegura que la ciudad ejerció ese mismo efecto benéfico sobre los hispanoamericanos que allí vivieron, escribieron y publicaron y, aunque sin formar un *grupo* que los aglutinara por sus afinidades, proyectos o manifiestos, eran, o querían ser, escritores³. Recordando otros antecedentes, Moreno Durán se refiere a esa “larga peregrinación de escritores a esta ciudad, domicilio permanente de algunos y hasta la muerte de otros”, y del siglo XIX y comienzos del XX cita a Antonio José Restrepo, José María Vargas Vila y Jorge Zalamea, sin dejar de resaltar los años de residencia de Gabriel García Márquez, entre 1967 y 1975. Evoca también las obras que

escribieron y publicaron allí, y destaca las distinciones con el premio Nadal de Novela otorgadas a Manuel Mejía Vallejo con *El día señalado*, en 1963, y a Eduardo Caballero Calderón con *El buen salvaje*, en 1965. Si ampliamos el abanico de narradores colombianos galardonados en España, basta recordar a Álvaro Mutis, distinguido con el Premio Reina Sofía; a Lina María Pérez, con el Juan Rulfo –modalidad de cuento negro–, otorgado en Gijón (2000), y Mención en el premio Max Aub (2000); a Jorge Franco, con su premio en Literatura Negra, en Gijón (2000); a Héctor Abad Faciolince, ganador del Premio de Novela Lengua de Trapo (1999); a Álvaro Robledo y Rodrigo Parra Sandoval, finalistas en el premio Herralde de Novela (1999), y a Luis Noriega, quien obtuvo el Premio Novela Corta de Ciencia Ficción UPC (2000). Igualmente, vale la pena mencionar aquí las publicaciones de narradores colombianos en prestigiosas editoriales de España desde fines de los setenta: el ensayo *De la barbarie a la imaginación* y la trilogía *Fémica suite* de R.H. Moreno Durán (Tusquets, Seix Barral y Montesinos, respectivamente), *Los parientes de Ester* de Luis Fayad y *Celia se pudre* de Héctor Rojas Herazo (Alfaguara), *Una lección de abismo* de Ricardo Cano Gaviria (Era) y gran parte de la narrativa de Óscar Collazos, por citar sólo algunos.

³ Moreno Durán refiere que, a comienzos de los setenta, Barcelona “era un mosaico de nacionalidades y autores como Salvador Garmendia, Luisa Valenzuela, Néstor Sánchez, Alberto Cousté, Mauricio Wacquez, Alba Lucía Ángel, Jorge Edwards, Julio Ortega, Raúl Núñez, Cristina Peri Rossi, Sergio Pitó, Ricardo Cano Gaviria, Óscar Collazos (...)”, “con la presencia triunfal” de Gabriel García Márquez, José Donoso y Mario Vargas Llosa. A esa “heterogénea colonia” se integraron Marta Traba, Eduardo Galeano y Alfredo Bryce Echenique, así como los colombianos Héctor Sánchez, Carlos Perozzo y Luis Fayad. Subraya, además, que algunos fueron saliendo poco a poco en desbandada, mientras unos pocos, como él, hicieron de esta ciudad su lugar de residencia durante muchos años. Es oportuno recordar aquí el valor que otros narradores le han dado a su estadía en la ciudad después de los setenta, entre quienes merece recordarse a Francisco Sánchez Jiménez, Carlos Orlando Pardo, Sonia y Colombia Truque, Manuel Giraldo “Magil” y, más recientemente, entre el año 1999 y el 2000, Evelio José Rosero y Rodrigo Parra Sandoval. Boom, transición y posboom, encontraron albergue en Cataluña. La crisis actual de nuestros países, distinta de las de los años de la revolución y los antiguos movimientos estudiantiles, está estimulando un nuevo éxodo de intelectuales que se encuentran en contacto o en crisis con otros ciudadanos que se desplazan en busca de nuevos horizontes sociales o vitales. Entre el vivir y el prepararse, entre el sobrevivir y el expresarse, otros emigrantes también construyen expresiones en el territorio de las letras.

El fenómeno descrito parece repetirse con los jóvenes autores colombianos, quienes han hecho de Barcelona un lugar para vivir y para construir mundos de lenguaje y seres de ficción. Las voces narrativas de Sergio Álvarez (1965), Luis Noriega (1972), Juan Gabriel Vásquez (1973) y Antonio Ungar (1974), y en poesía Arturo Bolaños son, iniciando el siglo XXI, parte del proceso en desarrollo de otras *Letras Capitales* que se definen o expresan desde el “lado de allá”. A ellos se unen otras voces y expresiones artísticas y culturales que hablan con nuevas escrituras desde la joyería, las artes plásticas, el diseño, la cerámica, el cine, la arquitectura, los montajes, la antropología, la publicidad, el periodismo, la investigación, etc., abriéndose camino de diversa manera. Es el caso de Ana María Ramírez, Juan Carlos Jaramillo, Adriana Molano, Dovi Vargas, Susana Jaramillo, Luces Montoya, Francisco Cabanzo, Diana Arias, Ricardo Coral, Lucas Maldonado y Federico Ortegón, sin desconocer la presencia significativa de María Ximena Dusán y de Alfredo Molano, entre otros, quienes no sólo buscan y manifiestan su ser y estar en el mundo, sino que llevan la sensibilidad de su tiempo y la vena expresiva de su país a otros territorios.

Recuerda William Ospina que desde hace largo tiempo los hispanoamericanos han llevado su cultura al resto del mundo: la música, el baile, las artesanías, las costumbres, las artes, la literatura y la gastronomía. Así mismo, reconoce que el boom narrativo hizo notable nuestra cultura a través de sus autores y sus obras, y que desde los años treinta del siglo anterior ritmos musicales como el tango se conocen en París, en los cuarenta el son y el bolero, y en los cincuenta el mambo, de la misma manera que Borges, Neruda y Rulfo, en los sesenta Julio Cortázar, Jorge Amado,

Guimaraes Rosa, José Lezama Lima, Carlos Fuentes, Alejo Carpentier, Ernesto Sábato, Miguel Ángel Asturias, García Márquez, así como en artes plásticas Frida Kahlo, José Luis Cuevas, Oswaldo Guayasamín, Fernando de Szyszlo, Fernando Botero y Wilfredo Lam⁴. La canción protesta, la salsa, el rock, la ópera, determinados músicos, en fin, han entrado por puertas grandes o pequeñas a los escenarios mundiales. ¿Llevarán los jóvenes creadores “su música a otra parte”? Acaso la joyería, la antropología, la cerámica, los montajes efímeros, el diseño, el cine, el periodismo, el testimonio, el cuento, la novela y la poesía, ¿no están haciendo presencia en contextos propios y ajenos? Lo que quede de ello lo dirá, por supuesto, si es justa, la historia.

“Después de las grandes rabias y los hermosos errores...”

Sin lugar a dudas, la literatura latinoamericana llega al nuevo siglo con numerosas propuestas, que, desde los ochenta, han venido aglutinando varias promociones de escritores de diversas edades, cuyas tendencias no corresponden única y necesariamente a las nociones convencionales de generación. Los nuevos escritores comenzaron a buscar cambios de perspectiva, de sensibilidad y de estética, lo que en el caso colombiano se tradujo en “un largo adiós a Macondo”, correspondiente a lo que en otros países hispanoamericanos significó la despedida del boom narrativo de los sesenta. En consecuencia, ha surgido una narrativa más a tono con la complejidad urbana, alejada de todo ruralismo y, por supuesto, del realismo mágico, mítico y maravilloso. En cuanto a las edades de los autores éstas oscilan entre los veinticinco y los cuarenta años en el caso de los hombres, mientras que en el caso de las mujeres, es frecuente que estén sobre los

⁴ OSPINA, William. “La nueva cara del planeta latino”, en: *Número*, N° 28, Bogotá, marzo, abril-mayo de 2001, p. 15.

Sin lugar a dudas, la literatura latinoamericana llega al nuevo siglo con numerosas propuestas, que, desde los ochenta, han venido aglutinando varias promociones de escritores de diversas edades, cuyas tendencias no corresponden única y necesariamente a las nociones convencionales de generación.

cincuenta, demostrando una tardía pero acertada escritura narrativa⁵.

Si bien la generación precedente, surgida al concluir la década de los setenta y veinte hasta la fecha, mostró un afán de ruptura frente a los códigos impuestos por el canon generado con el boom narrativo de los sesenta, las nuevas promociones no muestran conflicto ante ningún pasado ni autor ejemplar. En aras de la autonomía, los narradores que surgieron a finales de los setenta buscaron la manera de romper con sus antecesores inmediatos proponiendo un lenguaje que, en muchos casos, se afirmó en lo experimental y lo contestatario, dando cuenta de la crisis de valores y de la fatiga del mundo literario y las formas establecidas. Los jóvenes de hoy,

pertenecientes a una cultura polivalente en la que la informática y la comunicación han sido fundamentos de su formación y de su relación con el mundo, sin rendir tributo a ningún pasado ni romper con antecesores inmediatos, ni asumir actitudes críticas ante la historia de su país o de su época, expresan su tiempo y su mundo, se valen del diálogo con diversos lenguajes y buscan contar historias propias de la vida cotidiana, reconociéndose contemporáneos y demostrando que su país pertenece a la llamada “aldea global”, si bien son conscientes de que su participación en ella puede ser tan activa como tangencial.

Si la que en otras ocasiones hemos llamado *generación de la ruptura*⁶, al distinguir las escrituras que proponen una crítica a lo

⁵ A manera de ilustración, puede considerarse a las colombianas Laura Restrepo (1950) y Lina María Pérez Gaviria (1949), las dos galardonadas varias veces. Restrepo publicó su primera novela, *La isla de la pasión*, en 1989, mientras que el primer libro de relatos de Pérez Gaviria, *Cuentos sin antifaz*, apareció en 2001.

⁶ En el primer tomo de *Narrativa colombiana. Búsqueda de un nuevo canon. 1975-1995*. Bogotá; Centro Editorial Javeriano (CEJA), 2000, adelanto algunas reflexiones sobre el tema. Incluyo, en la generación de la *ruptura*, a los autores R. H. Moreno Durán, Rodrigo Parra Sandoval y Fernando Vallejo, precedidos de aquellos que relaciono en la *transición* a la narrativa desde la ciudad o la historia, paralela a la obra de Gabriel García Márquez y a las de los autores del boom, entre los que destaco a Héctor Rojas Herazo, Óscar Collazos, Darío Ruiz Gómez, Germán Espinosa, Nicolás Suescún, Fanny Buitrago, Marvel Moreno y Fernando Cruz Kronfly, entre otros. En poesía, la generación de la *ruptura* corresponde a la llamada *generación sin nombre*, en la que se puede incluir a los autores Jaime García Maffla, Henry Luque Muñoz, Augusto Pinilla, Juan Gustavo Cobo Borda, Darío Jaramillo Agudelo, Álvaro Miranda, Giovanni Quessep y María Mercedes Carranza.

establecido recurriendo a la risa, la ironía, el erotismo, la irreverencia y, en ocasiones, a la diatriba contra el discurso oficial⁷, ésta, que provisionalmente hemos llamado *generación de fin de siglo* y otros *generación mutante*⁸, se encuentra en un punto medio entre la anterior generación (que ha sido denominada de los *hijos de los hippies* o de los *boomers*) y la llamada *generación X* (nótese ahí mi necesidad de hablar más de promociones que de generaciones). Su trabajo va desde la creación de una literatura alimentada por la ciencia ficción y la creación fantástica o policíaca, hasta el realismo sucio que alterna con la estética *garbage*, la sentencia filosófica, las realidades azarosas, la monótona vida cotidiana o las aventuras y los episodios vacuos. Lectores de Bukowski, Hammett, Chadler, Asimov, Bradbury, Sturgeron, Pohl, Stephen King, Stevenson y Thea von Harlow (*Metrópolis*, llevada al cine por Fritz Lang), entre otros, también son admiradores de personajes como el conde Drácula, Jack el Destripador y Frankenstein, se declaran seguidores de la música de grupos como Nirvana, Pink Floyd, The Cure, The Doors, Manu Chau, The Sisters of Mercy, Ministry o Placebo, y escuchan géneros como el rock, el reggae, el *heavy metal*, el pop y la música electrónica y la de la Nueva Era. Educados bajo la influencia de la televisión, reconocen entre sus películas y seriales algunas “historias de formación” como *Plaza Sésamo*, *Los años maravillosos* y *Clase de Beverly Hills*, al lado de la influencia más intensa de películas como

Blade Runner y *The Wall*, o de la épica contemporánea, encargada en *La guerra de las galaxias*, *El planeta de los simios*, *Fitzcarraldo*, *El hombre araña*, *La mujer maravilla*, *Quién engañó a Mr. Rabbit*, *Archivos X*, etc., que pueden relacionarse con sus primeros juegos de Atari y Nintendo, la navegación por Internet y los hipertextos, muestran diversos niveles de comprensión y asimilación del mundo y sus representaciones.

La existencia simultánea de estas generaciones-promociones revela distancias y cercanías. Los de mayor edad y trayectoria, es decir, los cincuentones o sesentones de la transición o ruptura, están más próximos a la pregunta por los momentos críticos de la historia ideológica, política, social, cultural o existencial y buscan explicar el desastre en una época de relativismos e incongruencias; los más jóvenes, esto es, los de veinte o treinta años, viven y muestran la multiplicidad como hecho inmediato y cotidiano, según sus experiencias personales y/o la permanente puesta escena del transcurrir de la cotidianidad a través de las telecomunicaciones y las nuevas tecnologías. Los intermedios, aquellos cuarentones o que se aproximan a los cuarenta años, ven desvanecerse la solemnidad de sus inmediatos antecesores y contemplan con desasosiego el escepticismo de sus inmediatos sucesores. En los primeros hay, pues, sensación de gravedad; en los segundos, de desasosiego; y en los últimos, de ligereza. Cada grupo, según su ubicación en el mundo, mide la vida vistiéndola o despojándola del

⁷ Es el caso de Fernando Vallejo con su serie *El río del tiempo*, con su exitosa novela *La virgen de los sicarios* y con sus intervenciones públicas. En efecto, la actitud de este autor, más que contestataria e irreverente, es combativa frente a los valores tradicionales amparados por la Iglesia y el Estado; es decir, frente al poder de una cultura oficial fundada en la vieja alianza entre religión y política. En pocas palabras, su literatura es la del “mal pensante”, en oposición a los “bien pensantes” de la tradición.

⁸ En ponencia presentada en el *Taller de crítica literaria*, realizado en Manizales en marzo de 1999, el escritor Orlando Mejía Rivera, refiriéndose a su generación, acuñó el término *mutante* dada la propensión de ésta al cambio, a la evolución o a la mutación, y reconoció, entre sus características, su condición universalizadora (producto de la integración con otras culturas y formas de pensamiento), la hibridación que realiza entre lo popular y lo urbano, y su escepticismo ideológico. Más recientemente, el joven escritor argentino Gonzalo Garcés, premio Biblioteca Breve 2000, bautizó como *hijos de los hippies* a los miembros de aquella joven “generación paciente y poco espectacular”, refractaria a la política y a todo compromiso. Véase revista *Fucsia*, No. 2, Bogotá, Publicaciones Semana, agosto de 2000, pp. 78-80.

peso de la solemnidad y la trascendencia: los unos lo hacen con humor satírico, nostalgia y estremecimiento contestatario, y los otros, a veces, con inmediatez y ruido. Los primeros ven desmoronarse las utopías, los segundos testimonian este derrumbe con incertidumbre y los otros lo viven.

Los escritores latinoamericanos que a fines de los setenta y durante los ochenta les hacían frente a los retos de su tiempo (Godard, Chabrol, Leluch, Bergman, los maestros del neorrealismo italiano, Antonioni, Fellini...) mostraron puntos de contacto con la realidad inmediata desde el fútbol, el cine, la televisión y la música moderna (popularizada en los sesenta o un poco antes con Elvis Presley, los Rolling Stones, los Beatles, junto con la consolidación de géneros como el jazz, la salsa, la canción protesta) y la continuidad de un compromiso con la revolución y el cambio, coinciden con los jóvenes de hoy al compartir situaciones y motivos culturales semejantes, aunque se distancien en la actitud expectante de los que aspiran a cambios y rupturas frente al escepticismo de quienes reciben como legado la frustración o el fracaso. Si aquéllos miraban el futuro desde un presente pródigo en inquietudes y utopías, convencidos de su papel renovador y utópico, éstos experimentan el presente con el descreimiento de quien reconoce que “no pasó nada” o “nada importa”, “no hay futuro” y “vivamos el vértigo de lo inmediato”. La promoción intermedia que se mueve entre los dos (“ni contestatarios” ni “hijos de los hippies”), muestra escepticismo en relación con su presente y nostalgia con respecto al pasado de sus antecesores. Los cincuentones o sesentones pertenecen a la época de mayo del 68, a la de “hagamos el amor y no la guerra”; a la época de liberación social, moral, sexual y femenina, de la minifalda, la

marihuana y la píldora anticonceptiva; a la época de la crisis de la unidad familiar, de Bob Dylan y Violeta Parra, de Hermann Hesse con su *Sidharta* y su *El lobo estepario*, del Che Guevara y Fidel Castro... en fin, una época de un reconocido e idealizado perfil de rebeldía. Los cuarentones algo conservan de los derroteros de sus “hermanos mayores”, pero se aproximan, con estupor, al carácter indiferente, apolítico e inactivo de los más jóvenes, moviéndose entre la denuncia y la pesadumbre, el cinismo y el éxito, la decadencia, la expectativa y el desencanto.

En 1990, el escritor Jorge Ruffinelli⁹ recordaba que Lyotard había llamado la atención sobre la pérdida o el fin de los grandes relatos, y que en 1982 Marsall Berman había reconocido, con una frase de Marx, “que todo lo sólido se desvanece en el aire”. Iniciado el nuevo milenio, se observa que cada vez hay menos entusiasmo por el compromiso, la acción, la renovación, la historia y el análisis crítico. Ruffinelli llamaba la atención sobre los logros de la novela latinoamericana de los sesenta, pues había logrado llamar la atención de la crítica y la historia literarias, situarse triunfalmente frente a la cultura mundial; también evocaba la inauguración de la crisis en los setenta al constatar, como pensaba Octavio Paz, la existencia de una “modernidad subdesarrollada”, y, además, reconocía diferencias en las búsquedas de los narradores de los ochenta, quienes, sin desprenderse de los anteriores temas y problemas de la identidad latinoamericana, cuestionaban de otra manera al “establecimiento”. Antonio Skármeta, en conferencia dictada en 1981, aludía a su generación como la que confirmaba que “la realidad se acaba[ba]” ante sus propias narices y no queda[ba] más remedio que acercarse “a la cotidianidad con la obsesión de un miope”,

⁹ RUFFINELLI, Jorge. “Los 80: ¿Ingreso a la posmodernidad?”. Nuevo texto crítico. Vol. III, N° 6, segundo semestre, 1990.

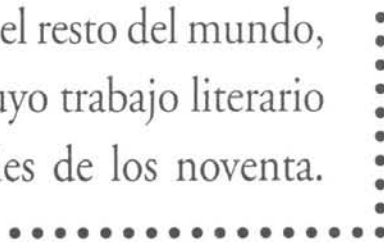
sin asumir motivos trascendentes, alegóricos, míticos ni refundacionales (Ruffinelli, 37). Con ellos surge ese escepticismo que ha llevado a definirlos como una generación desencantada en la que, paradójicamente, coexisten una voluntad de cambio o de ruptura junto con el anhelo de construir un mundo distinto¹⁰.

Las conferencias que Italo Calvino preparara en 1985 para la Universidad de Harvard invitaban a conocer y a presentir la nueva época, y vaticinaban cómo sería la literatura de este milenio¹¹; en ellas, el autor analizaba “los valores, cualidades o especificidades de la literatura” a partir de los conceptos *levedad, rapidez, exactitud, visibilidad y multiplicidad*. Aligerar las emociones “como reacción al peso del vivir” y asumir sólo aquello que se es capaz de llevar; aceptar la rapidez con que suceden las cosas y captar “la sensación de lo ineluctable”; buscar la exactitud de un lenguaje que contenga “los matices de la imaginación”; admitir que se pertenece a “la civilización de las imágenes”

y que la novedad, la originalidad y la invención se resuelven “decididamente a favor de la imagen visual” están presentes en el tono, los planteamientos y las expresiones de los últimos años y se consolidan en la hipertextualidad. Muchos privilegian la inmediatez, la velocidad, la trivialidad y la fugacidad, mostrándose dispuestos a lo transitorio; otros conservan vínculos con lo que sorprende y cuestiona. La nueva sensibilidad, cada vez más determinada por la velocidad, proyecta el sentido inmediato de la existencia. Confirmamos, desde ella, que cada vez estamos más cercanos al orden de las referencias que al de la imaginación.

Es claro que los intereses y las preocupaciones de quien ha hecho su recorrido desde los inicios de los ochenta o más atrás y está al tanto de los procesos de su país, de Latinoamérica y del resto del mundo, no son iguales a los del autor cuyo trabajo literario se inicia a principios o a finales de los noventa. Se da el caso de quien se asimila al espíritu de los nuevos tiempos al

Es claro que los intereses y las preocupaciones de quien ha hecho su recorrido desde los inicios de los ochenta o más atrás y está al tanto de los procesos de su país, de Latinoamérica y del resto del mundo, no son iguales a los del autor cuyo trabajo literario se inicia a principios o a finales de los noventa.



¹⁰ Los llamados poetas de la “Generación sin nombre”, también conocida en Colombia como la “Generación de *Golpe de Dados*” —por haber publicado sus trabajos en la revista *Golpe de Dados*— presentan afinidades en cuanto a la actitud y diversidad de búsquedas: renovación del lenguaje poético, sensibilidad crítica, eclecticismo, ironía y, en algunos casos, humor satírico.

¹¹ CALVINO, Italo. *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid, Ediciones Siruela, 1989.

asumir o expresar la velocidad y sensibilidad escéptica del presente¹², o el de quien se expresa con formas, actitudes y convicciones más cercanas o pertenecientes a otras “épocas”¹³.

Hoy en día, las búsquedas, los encuentros, los logros, los imaginarios y las representaciones se han diversificado. Los arquetipos macondianos y los mundos fundacionales y maravillosos de Gabriel García Márquez entraron, junto con el desesperanzado y eterno aventurero mutisiano, a formar parte de los clásicos; las fundamentaciones críticas se integran a las relativizaciones paródicas y juguetonas, y el lenguaje de la inmediatez se impone en medio de nuevos testimonios y máscaras que, mostrando otras realidades, distraen de las angustias y carencias inmediatas. Ciudadanos del mundo y exiliados de sí mismos, los personajes y las situaciones en las obras de “los hijos de los *hippies*” de los *boomers*, esos jóvenes dispuestos a mutar constantemente, son nómadas de la ciudad. Como sus creadores, se sienten excluidos de todo; excluidos, en

palabras de Gonzalo Garcés, “de la fiesta de los sesenta, de la sangre de los setenta, de la primavera democrática, del trabajo de hoy, de las grandes rabias y los grandes y hermosos errores”. Lo provisorio es su signo. Provisorio todo: tanto la vida como la creación. Esto explica, en el caso literario, el regreso a la fábula en novelas o en cuentos de fácil acceso, dirigidos a lectores que conceden al relato la menor atención posible y, en la mayoría de los casos, dispuestos a la rapidez. Se acaban, para estos autores, los lectores cómplices, listos a desentrañar el mundo secreto, las claves, las esencias y el lenguaje cifrado que hay en el texto literario, los cuales obligan al reto de la lectura.

Un acercamiento a vuelo de pájaro a las publicaciones de algunos de los autores más promocionados por los medios (es decir, por el periodismo cultural y las editoriales) en los últimos lustros puede ofrecer una visión de conjunto del nuevo panorama. Los más jóvenes, los que están realizando su trabajo creativo en el país, los que escriben en el

¹² Es importante reconocer aquí el trabajo narrativo de Laura Restrepo, quien se inicia como novelista a fines de los ochenta y cuyas propuestas se nutren de sus investigaciones como periodista. Sus novelas han tenido amplia divulgación y recepción, desde aquellas que tratan temas cercanos a la realidad nacional inmediata y en las que prima, más que cualquier preocupación de orden crítico, el deseo de contar una historia que atrape al lector común, aprovechando algunos recursos garciamarquianos y de la inmediatez periodística para expresar el transcurrir y el escepticismo. En sus *Cuentos sin antifaz* (2001), en donde apela a un clásico tono policial y a una fuerte ironía, Lina María Pérez explora temas ligados a la rutina de la vida moderna, generalmente a los letargos de las relaciones de pareja y la cotidianidad, entreteje “silenciosamente” motivos musicales a episodios de la historia menuda de Colombia, creando diálogos que fluctúan entre lo serio y lo cómico, lo banal y lo trascendente. Fernando Vallejo (1942), uno de los narradores más críticos e irreverentes de las últimas épocas, también se da a conocer en el campo literario en los ochenta con la publicación del primer libro de la serie *El río del tiempo*; pero es con su galardonada novela *La Virgen de los sicarios* con la que, valiéndose de un lenguaje lumpesco, retrata la nueva moral, la degradación de los valores y una vivencia en la que se combinan el drama con la inmediatez y el gozo vital. Jorge Franco, quien apenas llega a los 35 años, sintetiza la escritura de los anteriores: historia entretenida, carácter policial, realidades contemporáneas, escenarios urbanos y sensibilidad escéptica. *Rosario Tijeras*, su más reconocida novela, abunda en estas características.

¹³ Es interesante examinar brevemente los recursos y los temas narrativos inspirados en la literatura fantástica y la de aventuras, así como la escritura de tono realista de que se valen algunos jóvenes escritores. Por ejemplo, Mario Mendoza (1964) y Hugo Chaparro Valderrama (1965) abordan en sus cuentos, sobre todo, relaciones de corte fantástico con personajes abismales (personajes perdidos o abandonados a su suerte en remotos lugares, problemas de culpa y fuertes dosis de erotismo y horror, en el primero; y situaciones insólitas de la vida moderna, con seres cercanos a aquellos de dobles personalidades y reminiscencias de amores misteriosos, de historias de piratas o de vampirismo, en el segundo), el viejo tópico de una carta o un diario que entraña algún secreto, y la noción de paralelismo entre la vida cotidiana y otra vida oculta que transcurre en algún lugar tenebroso. La escritura puntual de Juan Carlos Botero (1960), premio Juan Rulfo, desarrolla una fábula sencilla que sirve de pretexto para una reflexión profunda sobre la psicología o los valores, en un tono que más de un lector relaciona con la prosa de Ernest Hemingway. Por su parte, Enrique Serrano (1960), también premio Juan Rulfo, retoma la historia y la filosofía para recrear personajes y redactar sus textos en forma de sentencias o de diario.

◆
 Hoy en día, las búsquedas,
 los encuentros, los logros, los
 imaginarios y las
 representaciones se han
 diversificado. Los arquetipos
 macondianos y los mundos
 fundacionales y maravillosos
 de Gabriel García Márquez
 entraron, junto con el
 desesperanzado y eterno
 aventurero mutisiano, a
 formar parte de los clásicos;
 las fundamentaciones críticas
 se integran a las
 relativizaciones paródicas y
 juguetonas, y el lenguaje de
 la inmediatez se impone en
 medio de nuevos testimonios
 y máscaras que, mostrando
 otras realidades, distraen de
 las angustias y carencias
 inmediatas.

◆

extranjero y los que reconocemos desde la literatura en el *Nuevo capítulo catalán* (he aquí tres promociones: Santiago Gamboa en Italia, Juan Carlos Botero en Estados Unidos, Álvaro Robledo en Alemania, Pablo Montoya en Francia y Felipe Noriega, Sergio Álvarez, Juan Gabriel Vásquez y Antonio Ungar en España) configuran una interesante muestra de la versatilidad de la narrativa colombiana actual.

El vertiginoso universo de autores como Efraim Medina (1964), el fallecido Rafael Chaparro Madieto (1963-1995) y Sergio Álvarez, donde la música y la vida “ácida” y ágil, exigidas por el inmediato presente, contrastan con el de la calculada escritura de Luis Noriega, de Philip Potdevin (1958) y de Antonio Ungar, quienes, como ajedrecistas de la palabra, piensan cada frase y cada agudeza en un mundo escéptico que reclama al menos la sonrisa del humor negro que permita dar respiro al amenazador agobio (como en el caso de Noriega y de Ungar) o husmean en la cultura, en la moral juguetona, en la ciudad de hoy. En el mundo de Juan Carlos Botero, la literatura permite descender, ingresar al instante, al núcleo perdido, al epifano, al misterio de existir, mientras que en el de Mario Mendoza (1964) y en el de Santiago Gamboa (1965), desde el relato policial y la novela negra, como en el caso de Lina María Pérez, se penetra en la desastrosa realidad urbana que amenaza con sus palos de ciego. Mendoza conduce al lector por los laberintos de la condición humana aprovechando exploraciones en la ciudad truculenta, tanto como en el relato fantástico, género que Hugo Chaparro Valderrama entrelaza dialógicamente y a lo cinematográfico y especular. Gamboa, aprovechando su experiencia y agilidad periodística, funde la inmediatez del presente con la preocupación del investigador “policial” que indaga en el caos, en el horror, en la podredumbre. Pérez, por su parte, sin hacer una literatura de estirpe feminista, ahonda en

el desencanto de la pareja y en la crisis del presente desde escrituras que exigen agudeza, sugestión y penetración en universos problemáticos. En Jorge Franco hay un afán por ahondar en la soledad de la comunicación y el amor; su narrativa, como la de Chaparro Madieto, Álvarez, Medina, Mendoza y Gamboa, es de urgencia y desconuelo; Franco aborda temáticas cercanas a las de Fernando Vallejo y Laura Restrepo, pero sin la actitud “malpensante” del primero, quien hace trizas en un sistema que, en sus palabras, va hacia “el desbarrancadero”, ni el estilo de Restrepo, quien muestra la continuidad de una y muchas guerras, uno y muchos desplazamientos, no sin obviar ciertos guiños garciamarquianos. La narrativa de Héctor Abad Faciolince (1958) se expresa con risa burlesca y desestabilizadora, haciendo juegos con el erotismo y las malicias de la vida cotidiana de cualquier lugar, aunque especialmente perceptibles en la cultura antioqueña, mientras que Juan Gabriel Vásquez, reconocido por sus temas y sus escenarios enajenados en mundos poco convincentes, se muestra dueño de una escritura puntual que apunta a desenlaces insólitos y a vidas en conflicto, reflejando condenas fatídicas y haciendo que todas las respuestas sean posibles en cualquier lugar: lo fugaz, lo macabro, lo cotidiano. Pedro Badrán (1960), Evelio Rosero (1958) y Julio Paredes (1957) logran que sus personajes y sus mundos, sus habitantes y sus habitaciones, sean símbolos de ciudades escépticas y desintegradas, expresando, cada cual en su propio estilo, su realidad o su experiencia de la realidad: el primero desde la alegoría, el segundo desde lo catastrófico y el tercero, quizá menos referido a un lugar específico, desde lo metafórico. A su vez, el carácter sentencioso de Enrique Serrano indaga en el pasado, de las doctrinas

de los filósofos y los sabios de la antigüedad su fuente nutricia, con la convicción de que la sabiduría está en otros tiempos y lugares, en contraste con la reflexión de la realidad de Jaime Alejandro Rodríguez (1958) y de Selnich Vivas (1971), para quienes la realidad está en lo cercano, en el pasado próximo, en el presente que ahoga, en la propia escritura.

Todos estos autores, jóvenes, intermedios o mayores, encarnan la sensibilidad de su tiempo: la del desastre, la desidia, lo provisorio, la crisis, la búsqueda, el escepticismo. Todos viven la ciudad en cada uno de sus rincones, no como un escenario que atrae, repele o absorbe, sino como un lugar que impone unas condiciones e imprime una manera de ser. Algunos de ellos asumen el oficio de escritor como un compromiso personal, en busca, quizá, de la *letra capital*; otros, hechos a imagen y semejanza de la sociedad de consumo y favorecidos por editoriales comerciales, periodistas culturales, revistas de farándula que saben qué es lo que la masa merece para dejarla ahíta en su sillón (unos y otras pontifican sobre lo “bueno” del mercado literario, sin leer lo que verdaderamente problematiza y desinstala, pues sólo se preocupan por las estrategias del *rating* y las *pautas*), les apuestan al texto desechable, al lector del día a día, al *bestseller*, al libro de sala de espera, en fin.

Reconozcámoslo: “los hermosos errores” prepararon el terreno de las más recientes promociones de escritores, creadores y espectadores. “Las grandes rabias” generaron noción de cambio y de ruptura. Después de los unos y de las otras llega el escepticismo y, entre éstos y aquéllos la desolación, la expectativa, la acusación y el fracaso. Utopía y escepticismo: treinta años antes, treinta años después.

bojas Universitarias.....